

Atrayese

A UNA
LADRONA

ANNE ABAND



Capítulo 1

En el cementerio, Charity miraba de soslayo a los, según ella, hipócritas que habían venido a darle el último adiós a su madre. Esos hipócritas que habían sido incapaces de prestarles algo de dinero. «En los malos tiempos se reconoce quiénes son los verdaderos amigos», pensaba pesimista. Con veintititrés años, su punto de vista era demasiado cínico.

Se metió el rubio mechón rebelde detrás de la oreja y pasó la mano por los hombros de su padre, que parecía tener veinte años más. Y solo tenía cincuenta. Habían venido los compañeros de la universidad de su padre, donde él daba clases de economía. Todos esos que le habían dado una palmadita en la espalda, pero que fueron incapaces de comprender y apoyar que dejara sus clases por cuidar a su esposa enferma. Ella también tuvo que dejar todas sus clases. Estaba en el último trimestre de medicina, con tres asignaturas por acabar, pero no podía estudiar. De hecho, no podía estar ni un minuto fuera de la habitación de su madre, porque ella se iba para siempre, y una mujer tan buena y maravillosa no merecía estar sola, «ni morir sola», pensó apretando los puños.

El sacerdote acabó la homilía e invitó a los presentes a decir algunas palabras. Charity se movió inquieta. Si decía todo lo que

pensaba, se largarían y no quería hacerle eso a su padre. Tampoco se lo merecía. Le hizo un gesto al cura y el hombre echó agua bendita.

Su padre se secó el sudor de la frente. En California y en pleno verano, el calor era como ese primo pesado que nunca acaba de irse de casa, molesto y sin tener otra opción que aguantarlo. Todos se levantaron para saludar a su padre. Ella se quedó a su lado, pero no miró a nadie. Solo estuvo allí para que no se derrumbara.

Ocho meses horribles habían acabado ya. Ocho meses en los que su madre se fue deteriorando hasta acabar falleciendo. Se les acabó el dinero. Tuvieron que vender la casa e ir a vivir con la única persona que les acogió, su tía Enma, mientras su madre agonizaba en el hospital. «La caridad humana no existe», masculló en voz baja Charity.

Después de más de media hora de fingidos saludos, se quedaron solos, con Enma, la hermana mayor de su padre. Ella era viuda de un militar y tenía un pequeño apartamento en el centro, con dos habitaciones. En una dormía su padre, y ella, en el sofá. El pequeño perro de su tía, Ladrón, se acurrucaba en sus pies, y al principio le molestaba, pero luego le hizo compañía.

Así habían pasado mucho tiempo. Meses que se les hicieron eternos. Aun así, no quería que pasase porque sabía lo que significaría.

—Vamos, papá, vámonos a casa —dijo Charity tomando del brazo a su padre que comenzó a caminar arrastrando los pies.

—Sí, hija, vamos.

Enma los miró con cariño y preocupación y marchó detrás de ellos. Un taxi les esperaba en la entrada y los llevó al piso de su tía. Subieron las escaleras del portal del apartamento y ella le pasó a su tía el brazo de su padre.

—Necesito dar una vuelta —le dijo mirándola con ojos llorosos—. Por favor, subid vosotros.

Su tía Enma asintió y llevó a su padre al ascensor. Charity bajó las escaleras y salió a la calle, caminando sin rumbo. Llegó al parque donde solían llevar a su madre cuando ella todavía no estaba muy enferma y se sentó en un banco.

—¿Qué vamos a hacer ahora, mamá? —suspiró tapándose el rostro con las manos.

Comenzó a llorar suavemente, desahogándose, ya que había estado aguantando durante todo este tiempo, sin poder hacerlo para mostrarse fuerte. Pero ya no podía más.

Una suave brisa se levantó moviéndole el pelo. Charity levantó la cabeza pensativa. «Está bien, no me rendiré», pensó. Habían perdido la casa, el trabajo de su padre y la posibilidad de terminar su carrera. Eso era en este momento, pero todavía tenían un techo donde dormir y comían todos los días. Ella era joven y tenía todo el mundo por delante. Además, no tenía problemas en trabajar en lo que fuera. Incluso su padre, cuando se recuperase, podría volver a dar clases en la Universidad.

Se levantó más animada y un remolino de hojas y papeles se enredó en los tobillos. Se agachó para recogerlo. Una de ellas era una página de periódico. El director de uno de los mejores hospitales de la ciudad estaba acusado de fraude, de desviar fondos que se dedicaban al cuidado de los enfermos. Se sintió furiosa. Dobló la hoja y se la metió en el bolsillo para leerla más tarde.

Volvió paseando y se dio cuenta de que tenía apetito. Miró el reloj, pasaban de las cinco. Había estado sentada en el parque más de lo que pensaba, pero le había servido para decirse a sí misma que no se rendiría. Jamás.

Su tía Enma se había acostado para descansar igual que su padre. Le había dejado un puré de verduras y una hamburguesa que comió con apetito. Recogió los platos y se fue hacia la sala. Ladrón se le acercó moviendo el rabo y se acomodó con ella en el sofá. Era un pequeño perro callejero de raza indeterminada que

su tía había adoptado hacía ocho años. Sus ojillos inteligentes la miraron como si quisiera darle ánimos.

—Lo sé, Ladrón. No te preocupes, saldremos de esta.
—Charity acarició el suave pelo del perro y este cerró los ojos disfrutando de los mimos.

Sacó el papel del bolsillo para leer la noticia. Era de hacía tres días. Al parecer, Paul Seedman, el director del Hospital Queen Mary, había sido llevado a interrogar por su presunta implicación en el desvío de fondos donados no solo por la gente, sino por empresas, para mejorar las instalaciones del hospital y para atender a aquellos pacientes que no tuvieran seguro médico. Como ellos. Su padre renunció al seguro cuando le ofrecieron doblar el sueldo, pero al final, la jugada le había salido mal. Y su madre, que hacía muchos años que no trabajaba, tampoco tenía. Incluso ella, que tenía conocidos en el hospital y esperaba hacer las prácticas allí, no había tenido suerte. Todo eso que salía en las películas, que los médicos aceptan atender a la gente que no tiene dinero y esas tonterías, no fue cierto para ellos.

Como el tal Seedman. Tan guapo, tan rubio, un hombre de unos cincuenta, tan respetable, con una esposa y dos hijos, en una casa preciosa en las colinas. Una vida maravillosa y la codicia acababa por fastidiarla.

Dejó la hoja guardada en un cajón y fue a darse una ducha. Necesitaba quitarse esos malos pensamientos que habían vuelto. Y le costaría mucho desprenderse de ellos. Su madre les decía que no se preocupasen, que ella prefería dejar de sufrir, que estarían bien. Pero no. Ella era un sol, su sol. Era alegre, inteligente, siempre tenía la palabra adecuada, y la tarta de manzana perfecta. Eran un trío perfecto y más cuando falleció su hermanito pequeño, con solo dos meses. Eso les hizo unirse como una piña, y ahora el banco de tres patas había quedado cojo. No tenía ni idea de cómo podría hacer levantar la moral de su padre. Haría lo que fuera.

Capítulo 2

Charity dejó el bolso encima de la mesa y se asomó a la habitación de su padre. Seguía echado encima de la cama, mirando al vacío. Así durante tres semanas. Apenas se levantaba para comer y ducharse y no salía a la calle. Ni siquiera Enma había conseguido animarlo. Su padre había sido un hombre atractivo, no demasiado alto, pero rubio, como ella. Tenía unos maravillosos ojos grises, que también Charity había heredado, y una nariz algo aguileña. Su madre, en cambio, era de cabello cobrizo y ojos alegres, con una nariz respingona parecida a la de su hija.

Ellos eran un trío encantador. Ahora, su padre no era ni la sombra de lo que fue y ella, que comía poco y trabajaba mucho, se estaba quedando en los huesos. Por las mañanas asistía a dos ancianos en su casa, y además de cuidar de que se alimentasen bien, debía hacerles la comida, arreglar la casa y dejarlos aseados. Después, a las cinco, iba a casa, comía algo y se marchaba a una cafetería a limpiar. Finalmente, por la noche, entre semana, cuidaba a una mujer que iba en silla de ruedas. Eso, al menos, la consolaba, porque era encantadora, y conversaban muy a menudo de su futuro. Sarah, como se llamaba, le decía que debía retomar su carrera, pero sin dinero y sin ánimo, no consideraba que fuera el momento.

Guardaba todo lo que podía para conseguir el capital suficiente para alquilar un apartamento, pero le costaría mucho tiempo conseguir ahorrar al menos para estar tranquila unos seis meses.

Se sentó masajeándose sus tobillos hinchados y sintió que su padre se levantaba. El hombre apareció arrastrando los pies y se colocó junto a ella.

—Hola, papá, ¿qué tal estás? —Él se encogió de hombros—. Venga, que saldremos adelante, ya lo verás.

—Lo sé, tu ímpetu es insuperable. Yo ya no tengo fuerzas para nada. —Thomas enterró la cabeza en sus manos.

—Papá, eres joven, acabas de cumplir cincuenta. Todavía tienes mucha vida por delante. —Charity se quedó mirando el perfil de su padre. Todavía era atractivo, aunque se había descuidado. Se le ocurrió una idea—. ¿Qué te parece si me ayudas con algo?

Ella sacó del cajón el recorte de periódico y se lo tendió a su padre.

—¿Te acuerdas de Seedman, el director del hospital? Al parecer está bajo sospecha por desviar fondos. Él fue quien me negó la beca. ¿Recuerdas?

—Sí, recuerdo —suspiró él—. ¿Qué quieres que haga?

—Me gustaría que buscaras información. Conoces el ambiente donde se mueve, tienes amigos... Quizá puedas averiguar alguna cosa con la que contribuir a la investigación policial. Me gustaría verlo entre rejas, la verdad.

Una chispa inteligente iluminó los ojos de su padre. Tal vez solo necesitaba ese punto de interés para empezar a despertar.

—Está bien, hija, lo miraré. —Thomas se quedó mirando el papel en silencio durante unos minutos y luego levantó la vista hacia ella—. ¡Ya se me ha ocurrido con quien hablar! Un antiguo compañero de universidad, periodista de la vieja escuela, está enterado de todos los entresijos de lo que pasa por las altas esferas.

—Genial, papá. —Charity besó a su padre y se levantó dispuesta a darse una ducha y afrontar su segundo trabajo del día.

Esa noche, la sobrina de Sarah, su tercer trabajo, había llegado a la ciudad y le dio fiesta, lo que, por una parte, no era bueno porque no cobraba, por otra, estaba segura de que le ayudaría descansar y, sobre todo, poder pasar una tranquila noche en casa con su padre y su tía.

Llegó a las ocho y su tía salió a la puerta a recibirla.

—¿Qué has hecho, mi niña? —Charity la miró preocupada y ella sonrió—. Mi hermano ha despertado, no sé qué le has dicho, pero se ha duchado, afeitado y salió durante tres horas. Acaba de volver y está esperándote nervioso en el salón. Por primera vez en muchos días, he visto de nuevo al Thomas que era antes.

La joven limpió una lágrima de alegría y entró en la sala. No importaba que estuviera sudada y quisiera ducharse, quería ver a su padre. Allí estaba. Se levantó de un salto al verla y la abrazó casi levantándola en volandas.

—Siéntate, Chary —la dejó en el suelo y dio dos palmaditas en la silla, llamándola como cuando era pequeña—. Traigo información muy jugosa.

—Cuéntame, papá —contestó ella emocionada. En verdad el cambio era radical. Seguía estando consumido, delgado, pero sus ojos brillaban revelando su verdadera edad.

—Verás, mi amigo el periodista, Smith, me ha contado muchas cosas. Al parecer Seedman está en un grupo de poder, al frente del cual hay una senadora de California. Por eso no lo han procesado. Pero una vez lo acorraló y al parecer iba algo «pasado» de algunas sustancias, palabras textuales de Smith, y confesó que tenía en su caja fuerte pruebas como para meter en la cárcel a muchas personas influyentes y que por eso no lo procesaban.

—Bueno, y entonces, ¿qué quieres que hagamos? —Charity enarcó una ceja—, ¿vamos y le pedimos que nos abra la caja y nos dé los papeles?

—Pero si está clarísimo, hija mía. ¿No lo ves? —El hombre sonreía y movía las manos arriba y abajo.

—No, no lo veo, papá. Explícamelo, por favor.

—¡Se los robamos! —dijo él como si fuera algo obvio.

Charity se quedó con la boca abierta sin saber qué contestar y su tía Enma casi tiró el plato con ensalada que estaba sacando a la mesa.

—¿He oído bien? Quieres decir... robar, robar —dijo su hija mirándolo a los ojos.

—Claro. Los robos salen bien cuando están bien planeados y, la verdad, tú y yo vamos sobrados de inteligencia para pensar en ello...

—Pero si vosotros no sois ladrones —interrumpió Enma—. Thomas, creo que estás trastornado. Esto no es normal. ¡Eras catedrático de Economía en la Universidad! ¿Me quieres decir cómo has llegado a esa conclusión?

—No vamos a robar para comprarnos un Ferrari. Yo lo único que quiero es que mi hija pueda retomar su carrera y que deje de trabajar en varios sitios. Además, nos gustaría tener nuestra propia casa y dejar de molestarte. Somos una carga para ti.

—No digas tonterías, no sois una carga —protestó ella, pero era cierto que había dejado aparcada una incipiente relación con un antiguo compañero de su esposo, militar, por atender a su hermano y su sobrina.

—Siento llevarte la contraria, papá, pero no veo cómo lo podemos hacer. Se necesitan ciertos conocimientos, materiales, aptitudes, yo qué sé. Cosa que ninguno de los dos tiene.

—De momento, hija, de momento. Lo que vamos a hacer es prepararnos. Yo prepararé la parte técnica y tú te pones en forma,

entre otras cosas, comiendo algo más. Quiero que salgas a correr e incluso que vayas al gimnasio a aprender a defenderte.

—¿Y cómo vamos a pagar todo eso? Si dejo de trabajar, ¿cómo vamos a contribuir en el día a día? La tía no puede pagar todo, y además, no sería justo.

El padre se levantó y se metió en su habitación, sacó una caja y la mostró a su hija. Ella abrió la boca y una lágrima se le escapó.

—¡No puedes hacer eso!

—Tu madre no querría que guardásemos las joyas tontamente, sabiendo que las necesitamos. Mil veces me has dicho que no las llevarías, que te recordaban demasiado a ella. Es momento de hacer algo bueno con ellas y nos dará para tres meses al menos. Las empeñaremos, no las venderemos, tranquila. Harry, el de la esquina de la calle, es honrado. Con esos miles podemos empezar de nuevo y en tres meses...

—¿En tres meses qué, papá? Está bien, pensemos que entramos a robar y lo hago. Recupero los papeles, los llevamos a la policía y después ¿qué? Nos hemos quedado sin dinero, sin trabajo, sin nada.

—No exactamente. Smith me dijo que el tipo es muy aficionado al dinero, en oro y diamantes. Podemos robar alguna pieza pequeña. Lo suficiente como para sobrevivir una temporada.

—No estoy segura, papá. Déjame que lo piense.

—Está bien, piénsalo. Cenemos.

Esa noche, Charity no pudo dormir. Su padre parecía algo decepcionado porque ella no se sumase a su plan, pero ¡era descabellado! Por otra parte, había recuperado la alegría de vivir y el tipo era un ladrón y corrupto. Se levantó y miró por la ventana. La casa de su tía estaba muy cerca de otras casas, pero se veía un pedacito de cielo estrellado.

—Mamá, si crees que debo hacerlo, por favor, envíame una señal —rezó mirando el cielo.

De repente, una luz pasó por el cielo y ella se estremeció. ¿Qué probabilidades había de que un avión pasase justo en ese momento? No muchas.

—Está bien, mamá, no entiendo muy bien el propósito de que papá y yo nos volvámos ladrones, pero por algo será.

Se acostó en la cama y cerró los ojos algo más tranquila. Puso las manos en su vientre, tal y como le había enseñado su madre y notó sus costillas. Estaba muy delgada. Si tenía que estar en forma para poder hacer «cosas de ladrones», más le valía ponerse ya a comer, entre otras cosas.

Capítulo 3

Charity se quitó la cinta que contenía el sudor de su frente. Se revolvió su pelo corto y se puso a estirar. Después de dos meses de entrenar fuerte y comer muy sano, parecía una atleta. No era excesivamente alta, pero ahora no tenía nada que ver con la chica que era antes. No solo porque estaba muy en forma, se notaba su seguridad al caminar. Estaba tomando clases intensivas de boxeo y lucha en el gimnasio de al lado de casa, a cambio de limpiar los vestuarios de madrugada, ya que no quería gastar demasiado en ella, y comía mucha más proteína.

Los ancianos sintieron mucho su despedida, al igual que Sarah, a quien iba a ver de vez en cuando, pero comprendieron que una chica joven con ganas de trabajar no iba a estar siempre cuidando ancianos. Claro que ella no les contó en qué estaba trabajando.

Su padre también había dado un gran cambio. Visitaba el gimnasio tres veces a la semana y lo que antes había sido un hombre estudioso y delgado estaba renaciendo como un hombre atlético y atractivo. Varias maduritas del gimnasio le habían echado el ojo, pero él no tenía tiempo que perder.

Todas las noches se quedaba estudiando la casa, las alarmas, el sistema informático, que gracias a un vecino aficionado estaba

aprendiendo y, sobre todo, tenía todo un dossier dedicado a Seedman, su familia, su esposa, sus dos amantes, su hijo de dieciséis aficionado a las carreras ilegales... Tenía fotos de todo.

Charity comenzaba a ver una posibilidad. Hoy le tocaba su entrenamiento de kickboxing con Lee, un joven francés de ascendencia japonesa que había acabado allí, en California, enseñando artes marciales. Se llevaban muy bien y como ya le había parado los pies y sabía que con ella no había nada que hacer, ahora eran muy amigos.

—¿Qué tal, Cherry? —Lee la llamaba así no solo porque se había negado a acostarse con él, sino porque se ponía muy colorada cuando combatía.

—Dispuesta a darte una paliza, franchute. —Sonrió ella. Las bromas eran frecuentes entre ellos.

Las peleas entre ambos eran todo un espectáculo y los integrantes del gimnasio a menudo paraban para mirarlos. Lee era muy bajito, menudo pero todo nervio, y la rubia de pelo corto parecía una modelo con la que nadie quería luchar, porque era inteligente y adivinaba la debilidad de cualquiera. Y, además, siempre sonreía, lo que desarmaba a la mayoría de los hombres.

Cada uno fue a su rincón, preparándose con algunas protecciones en empeine, boca y manos. Ella sonrió mirando al joven, lo que siempre lo descolocaba. Dieron varias vueltas y, finalmente, Lee se decidió a atacar enviando un barrido de pierna que ella esquivó fácilmente, aprovechando para darle un puñetazo en el costado. Lee sonrió también. Él le había enseñado eso. Estaba muy orgulloso de su alumna, pero eso no significaba que se lo pusiera fácil.

Un murmullo de aprobación se extendió entre los que miraban a los dos combatientes cuando ella le dio una patada en el muslo que le hizo echar la rodilla en la lona. Ella hizo un gesto de victoria y se volvió hacia su público. Sin poder evitarlo, fijó la vista en el gigante de piel oscura que la miraba intrigado. No llevaba camiseta y eso le hizo tragar saliva. Sus músculos se

marcaban bajos su piel sudada. Llevaba un calzón de boxeo y los guantes todavía puestos, así que probablemente fuera boxeador, aunque era demasiado atractivo para romperse la nariz habitualmente. O demasiado bueno.

Un fuerte golpe en su muslo la sacó de su distracción y maldijo en voz alta. Se giró en el suelo cuando Lee iba a asestarle otro golpe y barrió al joven que se había confiado, sentándose en su vientre con el puño en alto. El chico se echó a reír y ella también. Se levantó y le ayudó a levantarse también. Una distracción le había costado un buen golpe. Así que no volvió la vista hacia el atractivo hombre. No era eso lo que tocaba ahora.

Capítulo 4

Adam Black había empezado en ese gimnasio donde uno de sus antiguos entrenadores trabajaba. No quería ir más al centro de élite al que había estado acudiendo hasta ahora. Allí había demasiados clientes y demasiadas mujeres deseosas de cazarle. En este de barrio nadie preguntaba quién eras y menos cuando él los miraba. Aunque no supieran que era uno de los criminales más buscados de la ciudad, bajaban la mirada, reconociendo su poder.

Cuando llegó, empezó a entrenar y a sudar la camiseta, hasta que tuvo que quitársela. Harold, su antiguo entrenador, le puso los guantes y comenzó a moverse por las cuerdas, utilizando a un joven que pesaba al menos veinte kilos más que él como *sparrin*. No es que él estuviera delgado, con su casi metro noventa estaba en buena forma, pero tanto trabajo le había hecho adelgazar y un acontecimiento hizo que se planteara volver a pelear.

Porque él comenzó boxeando, hasta que Gino Martelli, el capo de la ciudad de Fresno, lo contrató como guardaespaldas, hasta conseguir ser su mano derecha. Se encargaba de varios negocios legales y otros que no lo eran tanto. Algunos restaurantes, *pubs* y centros de ocio, donde se jugaban partidas ilegales, así

como contrabando y robos o atracos. Nada de trata con personas o drogas, era la marca personal de Martelli y eso le cuadraba.

Hacía dos noches, al salir del pequeño casino del barrio chino, le habían atracado ¡a él! Era cierto que habían sido cinco tipos, y que él despachó a tres, pero uno de ellos, bastante grande y bien formado, le dio una buena paliza. Así que había tomado la decisión de volver a ponerse en forma.

¿Y qué se encontraba allí? Una deliciosa y atlética rubia con ojos como el acero, capaz de darle una paliza al instructor. Se había excitado cuando la vio luchar, gracias a que llevaba el calzón ancho nadie lo notó. Admiró sus brazos torneados y aunque no debía medir más de un metro setenta, era espigada y ágil. Cruzó los brazos en el pecho sin poder dejar de admirar sus movimientos y su grito final al sentarse encima del instructor. De repente se le hizo la boca agua y deseó estar ahí debajo. Espero ansioso que ella volviera a mirarle. Había sentido algo cuando ella lo hizo. ¿Curiosidad? ¿Deseo? No sabía qué, pero ella también sintió algo.

La vio bajarse del *ring* de un salto y se quitó los guantes para ir hacia ella, pero una mano lo paró.

—No, déjala, es complicada —le dijo Harold. Él asintió. No quería complicaciones, pero esos ojos grises... le llamaban demasiado.

Retomó el entrenamiento, esta vez saltando. No quería complicaciones, ya las tuvo, hace seis meses, con la rusa. Elsa era una preciosidad pelirroja de ojos verdes y figura escultural. Cuando la vio en una de las fiestas de Martelli, le temblaron las piernas. Era la esposa de uno de los socios de su jefe y, por tanto, prohibida. Pero la atracción que sintió por ella y la pulsión por tomarla todavía le hacían sentir un palpito en su miembro. Ella era una fiera en la cama. Lo descubrió en la misma fiesta, cuando se lo llevó al jardín, e hizo que la tomara allí mismo, sobre la hierba